COMEDIA FAMOSA.

REYNAR DESPUES DE MORIR.

DE LUIS VELEZ DE GUEVARA.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

El Rey Don Alonso de Portugal.
El Príncipe Don Pedro.
Doña Blanca, Infanta de Navarra.
Doña Inés de Castro, Dama.
Violante, Criada.
Elvira, Criada.
El Condestable de Portugal.
Nuño de Almeyda.
Egas Coello.
Alvar Gonzalez.
Brito, Gracioso.
Alonso y Dionís, Niños.
Criados. *Música.*
Acompañamiento.

JORNADA PRIMERA.

Salen Músicos cantando, el Príncipe vistiéndose, y el Condestable.

Músic. SOles, pues sois tan hermosos,
no arrojeis rayos soberbios
á quien vive en vuestra luz
contento en tan alto empleo.
Prínc. La capa. *Músic.* El Príncipe sale.
Otro. Prosigamos. *Prínc.* El sombrero.
Música. Vuestra benigna influencia
mitigue ayrados incendios,
pues el raudal de mi llanto
es poca agua á tanto fuego.
Prínc. Ay Inés, alma de quanto
peno, lloro, gimo y siento!
proseguid, cantad. *Músic.* Digamos
otra letra y tono nuevo.
Música. Pastores de Manzanares,
yo me muero por Inés,
Cortesana en el aseo,
Labradora en guardar fe.
Prínc. Parece que á mi cuidado
esa letra quiso hacer,
lisonjeándome el alma,
eterna en mi pecho á Inés.
Volved, volved por mi vida
á repetir otra vez
aquesa letra, cantad,
que me ha parecido bien.
Música. Pastores de Manzanares, &c.
Prínc. Pues los Pastores publican
que tanta hermosura ven
en la deidad de mi amante,
con justa causa diré,
que en perderme fuí dichoso
por tan soberano bien.
Siempre que llego al Mondego,
parece que solo al ver
á mi Inés bella, las aves
quisieran besar su pie.
Las plantas, de su deidad
reciben fruto; no hay mes,
que en viéndola no la ame;

no hay flor que á su rosicler
no tribute vasallage.
Si aquesto es verdad, si es
dueña de aves y plantas,
y de todo quanto ve
el Cielo en la tierra hermosa,
no la lisonjeo en ser
tambien yo su esclavo: Amor,
pues á mi Inés me humillé,
pues me rendí á su hermosura,
á voces confesaré,
diciendo con toda el alma
á los que amante me ven:
Pastores de Manzanares,
yo me muero por Inés,
Cortesana en el aseo,
Labradora en guardar fe.

Sale Brito de camino.

Brito. Dele vuestra Alteza á Brito,
Príncipe, á besar sus pies.
Prínc. Brito, seais bien venido:
cómo dexais á mi bien?
Brito. Déxame alentar un poco,
y luego te lo diré,
que aun no pienso que he llegado,
que un rocin de Lucifer,
que el Portugués llama Posta,
que Gibao llama el Francés,
Biilon el Napolitano,
y algunas veces Confiér,
de tan altos pensamientos,
que en subiendo encima de él
anda á coces con el Sol,
y á cabezadas despues:
me trae sin tripas, que todas
se me han subido á la nuez
á hacer gárgaras con ellas;
sin lo que toca al borrén,
que viene haciéndose ruedas
de salmon. *Princ.* Calla, no des
suspension á mi cuidado,
si no dime, cómo fué
tu viage? cuenta, Brito,
que ya deseo saber
nuevas de mi hermosa prenda:
habla, Brito. *Brito* Bueno á fe;
para contarlo, quedemos
solos los dos. *Princ.* Dices bien.
Condestable, despejad;
y á esos Músicos les den,
quando no por forasteros,
porque han celebrado á Inés,
mil escudos. *Condest.* Despejad.
Prínc. Id con Dios. *Músic.* El Cielo dé
á vuestra Alteza, señor,
un siglo de vida, amen.
Prínc. Id con Dios.
Músic. Qué gran valor!
Otro. Qué cordura!
Otro. Octavio, ven:
no es señor quien señor nace,
si no quien lo sabe ser.

Vanse los Músicos y el Condestable.

Prínc. Ya, Brito, quedamos solos;
dime, cómo queda Inés?
cómo la dexaste, Brito?
responde presto. *Brito.* A perder
el sentido cada instante
que entre tus brazos no esté.
Prínc. Y Alonso y Dionís?
Brito. El uno
es jazmin, y otro clavel,
y cada qual es retrato
de los dos. *Prínc.* Has dicho bien:
prosigue, prosigue, Brito.
Brito. Oye, y te la pintaré,
si de tanta beldad puede
ser una lengua pincel.
Llegué á Coimbra apénas
ayer, quando el blason de sus almenas
á un tiempo hicieron salva
los Músicos de Cámara del Alba,
el Sol, y luego el dia,
y primero que todos mi alegría.
Guié los pasos luego
á la Quinta, Narciso de Mondego,
que guarda en dulce empeño
la beldad soberana de tu dueño,
quando dando á la Aurora
zelos el Sol, parece que enamora
el Oriente divino
de Inés, Sol para el Sol mas peregrino:
que aun no he llegado creo,
piso el umbral, y en el zaguan me apeo,
que gustan los amantes
que les vayan contando por instantes,

por puntos, por momentos
las dichas de sus altos pensamientos,
que brevemente dichas,
no les parece que parecen dichas.
Al fin, al quarto llego
alborozado, sin aliento, y luego
á las cerradas puertas,
solo á tu amor eternamente abiertas,
dos veces toco en vano,
q̄ en este Oriente aun era muy temprano:
si bien tu hermoso dueño,
rendida á tu cuidado mas que al sueño,
voces dió á las criadas
ménos de mi venida alborozadas.
Perdóneme Violante,
á quien mas debe el sueño que su amante:
mas yo, como es mi vida,
la quiero bien dormida y bien vestida,
esté ausente y presente,
porque mi amor es ménos penitente.
Prínc. Pasa, Brito, adelante,
y con mi amor no mezcles á Violante,
ni burles en mis veras,
que espero nuevas de mi bien. *Brit.* Esperas
las que siempre traerte yo procuro,
vive Dios. Al fin, el muro,
el Oriente dorado
de aquel sol, de aquel cielo franqueado,
sin reparo ninguno
corro los aposentos uno á uno,
y no paro hasta donde
está la esfera que tu sol esconde.
Su amor me desalumbra,
y sin la permision que se acostumbra,
verla y hablarla trato,
que el alborozo precedió al recato.
Entro, al fin, sin sentido,
y en el dorado tálamo, que ha sido
teatro venturoso,
mas de tu amor que del comun reposo,
amaneciendo entónces,
y enamorando mármoles y bronces,
los ojos en estrellas,
en nieve y nácar las mexillas bellas,
en claveles la boca,
la frente y manos en cristal de roca,
en rayos los cabellos,
entre Alonso y Dionís tus hijos bellos,
asidos á porfía
(por maternal terneza ó compañía)
al cuello de alabastro,
deidad admiro á Doña Inés de Castro,
Aurora en carne humana,
terciado Abril con la mañana,
todo un Cielo abreviado,
y al Sol de dos Luceros abrazado.
Quedé tierno y dudoso,
que como de aquel árbol generoso
tan hermosos pendian,
racimos de diamantes parecian.
Ella amor ostentando,
aunque de honestidad indicios dando
á la nieve divina,
de púrpura corriendo otra cortina
(que de tales mugeres
siempre son los recatos sumilleres)
mas encendida Aurora,
sobre las almoadas se incorpora,
y ya, como embarazos,
dexa á Dionís y Alonso de los brazos,
que de sentido agenos,
favores y ternezas no echan ménos:
tanto, en tan dulce empeño,
pueden los pocos años con el sueño.
Y con ansia infinita,
ántes que una palabra me permita
ni besarla la mano
(recato Portugués ó Castellano)
me dixo: Cómo dexas
á Pedro, Brito? y con zelosas quejas
prosiguió mas hermosa,
que lo está una muger, que está zelosa;
porque han dado los zelos
hasta el color que visten á los Cielos,
tu tardanza culpando
en Santarén con Doña Blanca, quando
tu padre la ha traido
para tu esposa. *Prínc.* Perderé el sentido,
Brito, si Inés no fia
todo su amor á toda el alma mia.
Primero verá el Cielo
su vecindad de Estrellas en el suelo;
verá la noche fria,
que puede competir al claro dia,
que falte la firmeza
con que yo adoro á Inés.

Brito. Oiga tu Alteza:
Basta, basta, no ofusques
mi relacion, ni imposibles busques
mal guisados, ni modos,
que yo los doy por recibidos todos,
y lo mismo hará el dueño (peño.
por quien te has puesto en semejãte em-
Al fin, escucha atento.
Prínc. Prosigue.
Brito. Como digo de mi cuento::-
Prínc. Acaba. *Brito.* Ven conmigo.
La tal Inés, en la ocasion que digo,
finezas y ansias junta,
y entre falsa y zelosa me pregunta:
Dime, Brito, es bizarra
Doña Blanca, la Infanta de Navarra,
de Pedro nueva empresa,
que viene á ser de Portugal Princesa?
Yo la respondo entónces,
haciéndome de pencas y de gonces:
Aunque Blanca no es fea,
es contigo muy poca su tarea,
moneda mal segura,
que no puede correr con tu hermosura;
y si intenta igualarse
contigo, muy de noche ha de pasarse.
En esto dispertaron
Dionís y Alonso, juntos preguntaron
á una voz por su padre:
enterneciόse oyéndolos la madre,
ó fuese amor ó zelos,
tocó á anegar en lágrimas dos cielos,
y en lluvias tan extrañas,
sartas de perlas hizo las pestañas,
que en sus luces hermosas,
de perlas se volvieron mariposas,
y abrasándose en ellas,
granizaron los párpados estrellas;
y viendo contra el dia,
que abaxo tanto cielo se venia,
calmando sus rezelos,
dila tu carta, y serenó sus cielos:
cediόse á su alegría,
convaleció de su tristeza el dia,
quedó el sol sin nublado,
porque del desprecio aljofarado,
al último suspiro,
mucho cristal sobró para zafiro.
Tomó el pligo y besóle,
y tres ó quatro veces repasóle
con señas diferentes,
q̃ es costumbre de espías y de ausentes.
Pidió la escribanía,
volvió otra vez á perturbarse el dia,
los Cielos se cubrieron,
á la tinta las lágrimas suplieron,
y miéntras escribia,
un alma en cada lágrima caia,
siendo en tantos renglones
las almas mucho mas que las razones.
Cerró llorando el pliego,
sellóle, despachóme, y partí luego
otra vez por la posta,
pareciéndome el mundo senda angosta;
y con el afuera, aparta,
entré por Santarén, y esta es su carta.

Arrodíllase, y dale una carta.

Prínc. Levanta, Brito, del suelo,
que solo tú puedes dar
tal alivio á mi pesar,
tal fin á mi desconsuelo.
Toma esta cadena, Brito, *Dásela.*
en tanto que á besar llego
las letras de aqueste pliego
que Inés con el llanto ha escrito.
Brito. Besa muy en hora buena,
miéntras que tomada á peso
primero yo tambien beso
las letras de esta cadena.
El Rey. *Prínc.* Mi padre?
Brito. Señor,
el mismo. *Prínc.* El pliego guardaré
de Inés. *Brito.* Y yo á guardar iré
la cadena que es mejor.

Sale el Rey Don Alonso.

Rey. Príncipe? *Prínc.* Señor::-
Rey. Qué haceis?
Prínc. Vos aquí!
Rey. No hay que admiraros
de que venga yo á buscaros,
Pedro, pues vos no lo haceis.
Yo os quisiera hablar de espacio.
Prínc. Hoy corre mi amor fortuna. *ap.*
Rey. Quién sois vos?
Brito. Señor, soy una
sabandija de Palacio.

Rey.

Rey. De qué al Príncipe servis ?
Brito. De mozo Fidalgo. *Rey.* Bien:
de camino estais tambien ?
Brito. Soy su maza. *Rey.* Qué decis ?
Brito. Que voy siempre con su Alteza
á donde quiera que va.
Rey. Y aun donde no va. *Brito.* Esta es ya
maliciosa sutileza. *ap.*
Rey. Algo desembarazado
sois. *Brito.* Sí, señor poderoso,
que en Palacio al vergonzoso
siempre el refran ha culpado.
Rey. Cómo os llamais ?
Brito. Brito. *Rey.* Vos
sois Brito ? ya quien sois sé,
sois hombre de mucha fe.
Brito. Eso sí, señor, por Dios,
porque con ella he servido
á su Alteza, como ya
de mí satisfecho está.
Prínc. Es Brito muy entendido:
con razon le estimo y quiero,
téngole notable amor.
Rey. Para que le hagais favor
no habrá menester tercero;
que en esto debe tener
gran maña y habilidad.
Brito. Mintió á vuestra Magestad
quien fué de ese parecer,
que á su Alteza no le han dado
tan pocas partes los Cielos,
que haya menester anzuelos
en el ardid de criado.
No me ha menester á mí
para ninguna faccion,
porque los méritos son
siempre terceros de sí:
y quando en alguna se halle
dificultosa de obrar,
no ha de ir, ni es justo,
á buscar alcahuetes á la calle.
Porque el Príncipe es humano,
y alguna vez se enamora;
aunque á esta plaza hasta ahora
no la he tomado una mano.
Vuestra Magestad Real
perdone estas baratijas,
porque hasta en las sabandijas
la defensa es natural.
Y á Dios, que contra cautelas
de Palacio asisto en mí,
que estoy indecente así
con botas y con espuelas. *Vase.*
Rey. Pedro, los que hemos nacido
padres y Reyes, tambien
hemos de mirar el bien
comun, mas que el nuestro.
Prínc. Ha sido,
padre y señor, atencion
debida á esa Magestad:
qué me mandais ? *Rey.* Escuchad,
vereis que tengo razon.
Yo os he casado en Navarra
con la Infanta (que Dios guarde)
y en Lisboa á vuestras bodas
se han hecho fiestas, y tales,
que todos nuestros Fidalgos
procuraron señalarse,
dando muestras con su afecto
de ser nobles y leales.
Despues que llegó la Infanta,
he reparado que sale
á vuestro rostro un disgusto
que os divierte de lo afable,
os retira de lo alegre,
y solo pueden llevarse
aquestos extremos, Pedro,
donde hay mucho amor de padre.
Doña Blanca disimula,
y aunque la causa no sabe,
piensa que sin duda es ella
causa de vuestros pesares.
Hacedme gusto de verla
con amorpso semblante:
Príncipe, desenojadla,
que es vuestra esposa, no halle
quando con vos tanto gana,
el perderse en el ganarse.
Yo os lo ruego como amigo,
os lo pido como padre,
os lo mando como Rey,
no deis lugar á enojarme.
Ella viene, aquí os quedad,
prudente sois, esto baste. *Vase.*
Prínc. Ay Inés! cómo por tí,
loco rendido y amante,

ni

ni admito la correccion,
ni hay ventura que me quadre.

Sale Doña Blanca, Infanta.

Inf. Guarde Dios á vuestra Alteza.

Prínc. Señora::- *Inf.* Príncipe.

Prínc. Dadme
la mano á besar. *Inf.* Señor,
deteneos, que no es galante
accion que beseis mi mano,
quando advierto que no sale
este cortesano afecto
de marido ni de amante.
Yo, señor, soy vuestra esposa,
y debeis considerarme
Reyna ya de Portugal,
si Infanta de Navarra ántes.

Prínc. Eso no, viviendo Inés. *ap.*
Señora, solo un instante
os suplico, que me deis
audiencia: sentaos, y hable
el alma, que muda ha estado
hasta poder declararse.

Inf. Decid. *Princ.* Atended.

Inf. Ya oigo:
pasad, Príncipe, adelante.

Prínc. Casé, señora, en Castilla
(obedeciendo á mi padre)
primera vez con su Infanta,
que en globos de Estrellas yace.
Tuve de esta dulce union
un hijo; y puesto que sabe
vuestra Alteza estos principios,
paso á lo mas importante.
Quando mi difunta esposa
vino conmigo á casarse,
pasó á Portugal con ella
una Dama suya, un Angel,
una Deidad, todo un Cielo:
perdóneme que la alabe
vuestra Alteza en su presencia,
que informarla de sus partes
importa, porque disculpe
osadas temeridades,
quando advertida conozca
la causa de efectos tales.
Era, al fin (por acabar
la pintura de esta imágen,
el retrato de este Sol,
este archivo de Deidades)
Doña Inés de Castro Coello
de Garza, que con su padre
pasó á servir á la Reyna,
mejor dixera á matarme:
y aunque siempre su hermosura
fué una misma, en un instante
me atreví, señora, á verla
con pensamientos de amante,
que á sola mi esposa entónces
rendí de amor vasallage,
hasta que cruel la parca
le cortó el vital estambre.
Muerta mi esposa, trató
casarme otra vez mi padre
con vuestra Alteza, señora,
que el Cielo mil siglos guarde,
sin que este segundo intento
conmigo comunicase:
yerro que es fuerza que ahora
vuestro decoro le pague
y le sienta yo, por ser
vuestra Alteza á quien se hace
la ofensa, que el sentimiento
no será bien que me falte,
á tiempo que por mi causa
padeceis tantos desayres.
Confusa hasta ver el fin *ap.*
será fuerza que se halle.
Muerta, señora, ya mi esposa amada,
querida tanto como fué llorada,
pasados muchos dias de tormento,
difunto el gusto y vivo el sentimiento,
en un Jardin, al declinar el dia,
mis imaginaciones divertia
mirando quadros y admirando flores,
archivos de hermosuras y de olores.
Al doblar una punta de claveles,
de esta hermosa pintura los pinceles,
al pasar por un monte de azucenas,
que mirar su blancura pude apénas,
porque la candidez de su hermosura
la vista me robó con la blancura,
y en una fuente hermosa,
que tenia el remate de una rosa
para su adorno un Fenix de alabastro,
ví á Doña Inés de Castro,
que al margen de la fuente

se

se miraba en el agua atentamente;
y olvidado de mí, viendo mi muerte
en su deidad, la dixe de esta suerte:
Nunca pensé que pudiera,
muerta mi esposa, querer
en mi vida otra muger,
ni que otro cuidado hubiera
con que el dolor divirtiera
de mi pena y mi dolor;
pero ya he visto en rigor,
advirtiendo tu deidad,
que aquello fué voluntad,
y aquesto solo es amor.
Cómo puede ser (ay Cielo!)
que en mi casa haya tenido
el mismo amor escondido,
sin que remontase el vuelo
á su intencion mi desvelo?
cómo este bien ignoré?
cómo ciego no miré?
cómo en esta luz hermosa
no fuí incauta mariposa?
y cómo no te adoré?
Hice este discurso apénas,
quando á mirarme volvió
el rostro, y entónces yo
puse silencio á mis penas:
eladas todas las venas
quedé, mirándola elado:
ella el aliento turbado;
quiso hablar, hablar no pudo,
quedó suspensa, y yo mudo
en su imágen transformado.
El alma á verla salió
por la puerta de los ojos,
y á sus plantas por despojos
las potencias le ofreció:
el corazon se rindió
solo con llegar á ver
esta divina muger;
y ella viéndome rendido
y en su hermosura perdido,
pagó con agradecer.
Desde este instante, señora,
desde aqueste punto, Infanta,
hicimos tan dulce union,
reciprocando las almas,
que girasol de su luz,
atento á sus muchas gracias,
vivo en ella tan unido
debaxo de la palabra
y fe de esposo, que Amor
quando perdido se halla,
para poderle cobrar,
se busca entre nuestras ansias.
En una Quinta, que está
cerca del Mondego, pasa
ausencias inexcusables,
solamente acompañada
á ratos de mi firmeza,
y siempre de su esperanza.
Tenemos de aqueste logro
de Cupido, de esta llama
del Ciego Dios, dos Infantes,
dos pimpollos, y dos ramas,
tan bellos, que es ver dos soles
mirar sus hermosas caras.
Querémonos tan conformes,
son tan unas nuestras almas,
que á un arroyo ó fuentecilla,
á donde algunas mañanas
sale á recibirme Inés,
todos los de la comarca
llaman, por lisonjearnos,
el Penedo de las ansias.
En fin, señora, mi amor
es tan grande, que no hay planta
que para amar no me imite:
no hay árbol que con las ramas
esté tan unido, como
lo estoy con mi esposa amada;
y aunque parezca desayre
á vuestra Alteza contarla
aqueste empleo, he advertido
que es mejor para obligarla,
quando engañada se advierte,
decirlo y desengañarla.
Pues quando de Portugal
no sea Reyna, en Alemania,
en Castilla y Aragon
hay Principes que estimaran
saber aquesta ventura,
que habeis juzgado á desgracia.
Y porque me espera Inés,
y culpará mi tardanza,
dadme licencia, señora,

que

que á verme en su cielo vaya,
pues bien es que asista el cuerpo
allá donde tengo el alma. *Vase.*

Inf. Ha sucedido á muger
como yó tales desayres?
Cómo es posible que viva
quien ha oido semejante
injuria? Al arma, venganza,
despida el pecho volcanes
hasta quedar satisfecha:
muera conmigo quien hace
que á una Infanta de Navarra
el decoro la profanen,
que una muger zelosa y agraviada,
solo consigo misma es comparada,
que si la aflige amor y acosan zèlos,
aun seguros no están de ella los Cielos.

Vase, y sale Doña Inés de Castro de caza, con escopeta, y Violante criada.

Viol. No estás cansada, señora?

Inés. Sí, Violante, y triste estoy,
hácia el Mondego me voy,
que el Sol el Ocaso dora;
y ántes que sea mas tarde,
pues Pedro no viene, quiero
retirarme. *Viol.* Siempre espero
que hagas de tu gusto alarde,
sin cuidados amorosos.

Inés. Violante, no puede ser,
que en la que llega á querer
no hay instantes mas gustosos
que los que da á su cuidado.
Qué será no haber venido
mi Pedro? *Viol.* Le habrá tenido
el Rey su padre ocupado.
Desecha ya la tristeza
que te aflige. *Inés.* No te asombre,
que aunque Pedro es Rey, es hombre,
y temo olvidos. *Viol.* Su Alteza
solo en tí vive, señora,
solo tu amor le desvela.

Inés. Como el pensamiento vuela,
hizo este discurso ahora.
Violante, advierte mi pena,
que no temo sin razon,
ni esta profunda pasion
es bien que la juzgue agena.
El Príncipe mi señor,
aunque amante le he advertido,
se ve, Violante, querido,
y esto aumenta mi temor.
Advierto que está delante
contrastando mi fortuna
una hermosa Vénus y una
Blanca, de Navarra Infanta.
Su padre quiere casarle,
aunque casado se ve,
y puede ser que mi fe
llegue, Violante, á cansarle.
Mira tú si mi fortuna
infelice puede ser,
que á la mas cuerda muger
se la doy de dos la una:
toma esa escopeta allá,
ya que esta la Quinta es.

Dale la escopeta, y siéntase.

Viol. Descansa, señora, pues.

Inés. Todo disgusto me da.

Viol. Quieres, señora, que cante
para divertir tu pena
una letrilla muy buena,
que te alegre? *Inés.* Sí, Violante
canta, y no por alegrar
mi pena te lo consiento,
si no porque á mi tormento
quisiera un rato aliviar.

Canta Viol. Saude miña,
cando vos veria?
Diga el pensamiento,
pues solo él lo siente,
adorado ausente,
lo que de vos siento:
mi pena y tormento
se trueque en contento
con dulce porfía.

Inés y Viol. Saude miña,
cando nos veria?

Canta Viol. Miña saude,
caro siñor meu,
á quién diré eu
tamañe verdade?
La miña vontade
cuidadosa persuade
de noite y de dia:
Saude miña,
cando vos veria?

Repres.

Repres. Parece que se ha dormido,
y con paso diligente
vuelve atras la hermosa fuente,
todo el curso suspendido.
Dexarla quiero al beleño
de este descanso, entre tanto
que da treguas á su llanto:
árboles, guardadla el sueño. *Vase.*

Salen el Príncipe y Brito.

Prínc. Gracias á Dios, Brito amigo,
que he salido á ver mi bien.
Quién fué mas dichoso? quién
pudo igualarse conmigo?
Posible es, Brito, que estoy
donde pueda ver mi esposa,
entre cuya llama hermosa
simple mariposa soy?
Brito. Tan posible, que llegamos
á la Quinta que está enfrente
del Mondego. *Prínc.* Aguarda, tente.
Brito. Has visto algo entre los ramos?
Prínc. No ves á Inés celestial,
que aquí á la vista se ofrece?
Brito. Que está dormida parece
al márgen de aquel cristal
que la fuente vierte: calla,
no la dispiertes, señor.
Prínc. Díselo, Brito, á mi amor.
Brito. Luego quieres dispertarla?
Prínc. Quiero, Brito, y no quisiera
impedirla el descansar.
Brito. Será lástima inquietar
su sosiego. *Soñando Inés.*
Inés. Tente, espera.
Prínc. Parece que habla! *Brito.* Estará,
señor, entre sueños hablando.
Prínc. Qué estará mi bien soñando?
Brito. Contigo el sueño será.
Inés. Que me mata, tente, aguarda:
Alonso, Dionís, Violante.
Prínc. Dexa, Brito, que adelante
pase, porque ya se tarda
mi deseo en ver dispierto
mi bello sol. *Brito.* Llega pues:
pero dispertar á Inés
será grande desacierto.
Inés. No me maten tus rigores:
por qué me quitas la vida,
Pedro, Pedro de mi vida,
esposo, mi bien::- *Prínc.* Amores,
mucho he debido al pesar
que en tí ha ocasionado el sueño,
pues te traxo, hermoso dueño,
en mi pecho á descansar.
Inés. Pedro, señor, dueño amado.
Prínc. Qué tienes, Inés?
Inés. Soñaba *Dispierta.*
que la vida me quitaba::-
Prínc. Quién? *Inés.* Un Leon coronado,
y que á mis hijos (ay Cielos!)
de mis brazos agenaba,
y ayrado los entregaba
(aun no cesan mis rezelos)
á dos brutos, que inhumanos
los apartaron de mí.
Prínc. Eso, Inés, soñaste? *Inés.* Si.
Prínc. Fueron tus rezelos vanos:
desecha, Inés, el dolor,
cóbrate mas valerosa;
si bien estás mas hermosa
con el susto y el temor.
Inés. Eres mio? *Prínc.* Tuyo soy.
Inés. Y tuya mi fe será.
Brito. A dónde Violante está?
á pedirla zelos voy. *Vase.*
Inés. Nunca como hoy, dueño mio,
temí de tu amor mudanzas,
no porque de tí no fio,
si no por ser desdichada.
Apénas de nuestra Quinta
salí á caza esta mañana,
quando ví una tortolilla,
que entre los chopos lloraba
su amante esposo perdido:
yo, de verla lastimada,
llegué á temer que mi suerte
no me traxese á imitarla.
Ví luego, que de una vid
un olmo galan se enlaza,
y envidiosa de sus dichas
tambien se me turbó el alma;
pues un tronco bruto goza
posesion mas bien lograda,
y yo apénas gozo el bien
quando todo el bien me falta.
Y como en la tortolilla

he visto mas declaradas
mis sospechas temerosas,
siendo yo tan desdichada;
qué mucho es, Pedro, que tema
llegar á imitar sus ansias?
Prínc. Inés, si el Sol en la tierra,
como produce las plantas,
infundiera en cada flor
una deidad, y llegara
á reducir las bellezas
con las de tu hermosa cara
(que es la mayor, dueño mio)
en otra muger, palabra
te doy que siendo yo tuyo,
en mi corazon no hallara
ni un cortesano cariño,
ni una amorosa palabra,
ni un pequeño ofrecimiento,
ni un afecto en que mostrara
átomos de la aficion
con que te adoro, que tanta
fuerza tiene tu hermosura
desde que está retratada
en mi pecho, que tu nombre
tiene por objeto el alma:
Alonso y Dionís á dónde
están? *Sale Alonso niño.*
Alons. Padre? *Prínc.* Prenda amada?
y vuestro hermano? *Alons.* Señor,
ahora merendando estaba:
quieres que vaya á llamarlo?
Prínc. Sí, mi vida. *Inés.* Espera, aguarda.
Salen Brito y Violante alborotados.
Brito. Señor, señor, oye. *Prínc.* Brito,
qué dices? *Viol.* Señora::-
Inés. Cielos,
qué es esto? dilo, Violante.
Viol. Dilo, Brito, que no puedo.
Prínc. De qué os turbais? hablad.
Brito. Por la orilla del Mondego,
y el camino de la Quinta,
tres coches se han descubierto,
y del Rey parecen. *Inés.* Hay
mas desdicha! *Prínc.* Ve en un vuelo,
y reconoce quien es.
Brito. Ya yo he visto, aunque de léjos,
que el Rey y la Infanta vienen,
Alvar Gonzalez con ellos,
y Egas Coello. *Prínc.* Ambos son
dos traidores encubiertos.
Viol. Ya llegan. *Inés.* Pues yo me voy
á retirar. *Prínc.* Deteneos,
señora, que estando yo
con vos, no hay que temer riesgos.
Salen el Rey Don Alonso y la Infanta, Alvar Gonzalez, Egas Coello y acompañamiento.
Rey. Aquesta es la Quinta entrad.
Pedro? *Prínc.* Señor, qué es aquesto?
Inf. Ahora empieza mi venganza. *ap.*
Inés. Ahora empiezan mis zelos. *ap.*
Rey. Ahora empieza mi castigo. *ap.*
Prínc. Ahora empieza mi tormento. *ap.*
Alv. Ahora se enoja el Rey. *ap.*
Egas. Ahora le echa del Reyno. *ap.*
Viol. Ahora te echan á galeras.
Brito. Ahora te dan doscientos
por alcahueta, Violante.
Viol. Miente y calle.
Brito. Callo y miento.
Rey. No sé como reportarme. *ap.*
En fin, Príncipe Don Pedro,
ocasionais á que haga
vuestro padre estos excesos
de salir para buscaros
fuera de la Corte? *Inés.* Cielos, *ap.*
temiendo estoy su rigor;
pero con todo yo llego.
Deme vuestra Magestad
á besar su mano. *Rey.* El Cielo *ap.*
mayor belleza ha formado?
de mirarla me enternezco.
Cómo os llamais? *Inés.* Doña Inés
de Castro. *Rey.* Alzaos del suelo.
Inés. Quien á vuestros pies se ve,
goza, señor, de su centro,
pues en ellos::- *Rey.* Levantad.
Inés. Toda mi ventura tengo.
Rey. Qué honestidad! qué cordura!
Quién es este Caballero?
Prínc. Un deudo cercano mio.
Rey. Tambien vendrá á ser mi deudo:
muy lindo es; cómo os llamais?
Alons. Alonso, al servicio vuestro.
Rey. Por vuestro abuelo será.
Inés. Tiene muy honrado abuelo.

Rey. Y muy hermosa y muy noble
madre. *Inf.* Qué ha sido esto, Cielos!
Rey. Vamos. *Inf.* A esto el Rey me trae?
perderé el entendimiento. *ap.*
Rey. Venid, Infanta. *Egas.* Señor,
ved que para vuestro Reyno
este inconveniente es grande.
Alv. Y con este impedimento
de Doña Inés, Doña Blanca
no logrará su deseo
de casar en Portugal.
Rey. Ya lo he mirado, Egas Coello,
mas no es ocasion ahora
de salir de tanto empeño.
Alons. Dadme la mano, señor,
y la bendicion. *Rey.* Qué bueno!
hay mas gracioso muchacho!
Inf. Mis d sdichas voy sintiendo. *ap.*
Rey. A D os, Doña Inés. *Inés.* Señor,
guarde mil años el Cielo
á vuestra Real Magestad
para mi señor y dueño
de mi alvedrio. *Rey.* Ay Inés! *ap.*
quánto con el alma siento
no poder aquí, aunque quiera,
mostrar lo mucho que os quiero!
Brito. Violante, á Dios, que me voy.
Viol. Brito, á Dios, que lo deseo.
Prínc. A Dios, Inés de mi vida.
Inés. A Dios, adorado dueño.
Prínc. Muerto voy! *Inés.* Y yo sin alma!
Prínc. Qué desdicha! *Inés.* Qué tormento!

JORNADA SEGUNDA.

Salen la Infanta, y Elvira Criada.

Inf. Esta es ya resolucion:
no me aconsejes, Elvira.
Elv. Infanta, señora, mira
que aventuras tu opinion.
Inf. Y aunque lo advierto, no ignoro
tambien que en desprecio tal,
una muger principal
atropella su decoro.
Dexa ya de aconsejarme,
y repara que agraviada,
ofendida y despreciada,
he de morir ó vengarme.
A muchas han sucedido
desprecios de voluntad,
mas no de la calidad
que yo los he padecido.
Bien, que Inés es muy bizarra,
y aunque hermosa llegue á verse,
no es justo llegue á oponerse
á una Infanta de Navarra.
Que compitiendo las dos,
aunque es grande su belleza,
para igualar mi grandeza
es poco el Sol, vive Dios.
Elv. El Rey sale. *Inf.* Pues, Elvira,
dexame sola, que ahora
he de hablar claro. *Elv.* Señora::-
Inf. Obedece, calla y mira.
Elv. Ya me voy, y ruego al Cielo
que se acabe tu cuidado. *Vase.*
Inf. El agravio declarado
no admite ningun consuelo.

Sale el Rey.

Rey. Dexadme solo, Coello,
que á solas pretendo hablarla:
quisiera desenojarla.
Inf. Pues me ofrece su cabello
la ocasion, quiero lograr
mi intento: Señor? *Rey.* Infanta?
Inf. Tanto favor? merced tanta?
que vos me vengais á honrar?
Gran ventura! *Rey.* Blanca hermosa,
tanto os estimo y venero,
tanto, bella Infanta, os quiero,
que fuera dificultosa
la accion que para serviros,
no emprendiera; y este afecto,
hijo de vuestro respeto,
me obliga siempre á asistiros
con un mudo afecto, y tal,
que en lo discreta y bizarra
dudo si sois en Navarra
nacida ó en Portugal.
Inf. Con tanto favor tratais
mi fe, que ciega os adora,
que confusa el alma, ignora
el modo con que me honrais.
Pero advierte mi cuidado,
viendo estos extremos dos,

que me habeis querido vos
hablar como despejado.
Y advertido del rigor
que el Príncipe usa conmigo,
como su padre y su amigo
me mostrais en vos su amor.
Rey. En qué estaba divertida,
hija mia, vuestra Alteza?
Inf. Solo en pensar la presteza,
gran señor, de mi partida.
Rey. Cómo con tal brevedad,
Infanta, os quereis partir?
Inf. Eso le quiero decir,
oiga vuestra Magestad.
Por concierto de mi hermano
y vuestro (mudos pesares, *ap.*
hoy hable la estimacion,
los demas afectos callen)
de este Mar de Portugal,
de nuestros Navarros Mares,
en una Ciudad de leños,
en una Esquadra volante
de Delfines, que volaba
á competencia del ayre,
llegué, señor (ay de mí!)
un Lúnes, para mí Mártes;
que en el dueño, y no en el dia
se contienen los azares.
Fué tan próspero y feliz
este deseado viage,
que parece que anunciaban
tan venturosas señales,
presagios de la desdicha,
que ahora llega á atormentarme.
Salió vuestra Magestad
á recibirme y honrarme
con su persona y amor,
que son afectos de padre.
Y quando al Príncipe (ay Cielos!)
esperaba para darle
entre la mano de esposa
tiernos requiebros de amante,
posesion del alvedrío,
uniendo las voluntades,
supe que quedó en Lisboa,
sin que su cuidado pase
siquiera á saber con quien
su Alteza espera casarse.
Este cuidado, ú descuido
cuidadoso, fueron parte
para empezar (qué desdicha!)
toda el alma á alborotarse,
y á temer lo que lloré
dentro de pocos instantes.
Quatro veces murió el Sol
en los brazos de la tarde,
por cuya muerte la noche
vistió lutos funerales,
primero que de sú quarto
fuese al mio á visitarme;
si fué agravio á mi decoro,
júzguelo quien amar sabe.
Al fin, vuestra Magestad
fué á visitarle una tarde,
lo que le mandó no sé:
mas bien puedo asegurarme,
que en defender mi justicia
seria todo de mi parte.
Al fin me vió, y los empeños
que tuve solo un instante
que le dí audiencia, no es bien
que mi lengua los relate;
básteme, siendo quien soy,
que los sepa y que los calle;
que á no ser dentro de mí
tan bizarra y tan galante,
cómo pudiera pasar
por el tropel de desayres
que me han sucedido? Cómo,
sin que abortara volcanes
que en cenizas convirtiera
á quien intentó agraviarme
atrevido y poco atento?
Vamos, señor, adelante,
y perdonad, que los zelos
lleguen á precipitarme,
y el corazon á los labios
se asome para quejarse.
Pasadas muchas injurias
(que es bien que al silencio pase)
á una Quinta del Mondego
fui, porque vos me llevasteis,
á volver mas despreciada
que me habia mirado ántes,
pues se siente mas la ofensa
quando delante se hace

de

de quien mirando el desprecio
llegará á vanagloriarse.
Esto, señor, que parece
que es sentimiento que hace
mi persona en lo exterior,
segun os muestra el semblante,
no es sino que así he querido
de mi suceso informarte,
porque sepas que no ignoro
lo que vuestra Alteza sabe;
que á no ser así, es sin duda
que no pasara el desayre
de ir á requebrar los nietos
quando me ofreció vengarme.
Y á no ser así tambien,
cómo pudiera llevarse,
que Doña Inés compitiera
(aunque son muchas sus partes)
conmigo? que no lo hermoso
igualar puede á lo grande.
Decid al Príncipe vos,
no como Rey, como padre,
que sus empeños disculpo,
que ha acertado en emplearse
en quien tan bien le merece;
y que mire quando agravie,
que no todas como yo
podrán desapasionarse.
Este pliego es á mi hermano,
donde le pido, que trate
de enviar por mí, sin que sepa
lo que ha podido obligarme,
que no es bien que le dé cuenta
de semejantes desayres.
Con mi partida, señor,
pongo fin á mis pesares,
principio al gusto de Inés,
y medio para que trate
Don Pedro su casamiento
sin que yo pueda estorbarle;
que aunque ya lo está en secreto,
como llegó á declararme,
parece que aumenta el gusto
saber que todos lo saben.
A Dios, señor, no me detenga
tu Magestad, ni me trate
jamas sino de partirme,
porque seria obligarme
á que haga por detenerme
lo que no por despreciarme:
que aunque ahora soy prudente,
no sé, en llegando á enojarme,
si me valdrá la prudencia
para no precipitarme.
No detenerme, es cordura;
á mi quarto voy, que es tarde:
no hay, señor, de qué advertirme,
que pues llegué á declararme
todo lo habré ya mirado:
voy muriendo; el Cielo os guarde.

Rey. Oye, Infanta. *Inf.* Alonso invicto,
vuestra Magestad no mande
que un instante me detenga,
ó vive Dios, que á esos mares,
Parténope desdichada,
me arroje para anegarme. *Vase.*

Rey. Alvar Gonzalez, Coello.

Salen Alvar Gonzalez y Egas Coello.

Alv. Señor. *Rey.* Partid al instante,
y detened á la Infanta.

Alv. Ya voy. *Vase.*

Egas. El Príncipe sale.

Rey. No sé como de mi enojo
ahora podrá librarse.
Qué así me empeñe mi hijo!
irme quiero sin hablarle,
que si le hablo, sospecho
que no podré reportarme.

Sale el Príncipe solo.

Prínc. Señor, vuestra Magestad
conmigo ayrado el semblante!
la espalda volveis, señor,
á vuestra hechura! *Rey.* Dexadme,
no me hableis que estoy cansado
de ver vuestros disparates.
Príncipe, no me veais:
Egas Coello, aquesta tarde
de Santarén al Castillo
le llevad preso, allí pague
inobediencias que han sido
causa de males tan grandes.

Egas. Qué Príncipe tan prudente!

Prínc. Pues yo, señor, por qué::- *Rey.* Baste;
ahora vereis si es mejor
obedecer ó enojarme. *Vase.*

Prínc. En fin, Coello, que voy

pre-

preso á Santarén? *Egas.* Assi
lo manda su Alteza; á mí
que noble criado soy
me toca el obedecer.
Prínc. Sois vos mi Alcayde?
Egas. El cuidado
y el guardaros ha fiado
á mi noble proceder
y á sola la lealtad mia;
y así es forzoso el hacello.
Prínc. Si ahora anochece, Coello,
mañana será otro dia.
Egas. En qualquier Aurora es
mi lealtad muy de Español.
Prínc. Mil cosas fomenta el Sol,
que las deshace despues.
Egas. Yo sé que llego á servir
con fe, señor, verdadera;
y así muera quando muera,
como os sirva con morir.
Prínc. Creo que pena os ha dado
el verme que preso voy.
Egas. Sé que vuestro esclavo soy,
y que solo mi cuidado
os sirve dias y noches
como criado de ley.
Prínc. Coello, sirvamos al Rey;
id á prevenir los coches.
Vase Egas Coello, y sale Brito.
Qué hay, Brito? qué te parece
de estrella tan importuna?
Brito. De esto nos da la fortuna
cada dia que amanece.
Prínc. Qué doloroso trasunto!
muerto estoy, estoy perdido.
Brito. Solo Velerma ha vivido
con el corazon difunto.
Prínc. Parte, Brito, dila á Inés::-
así te vas? *Hace Brito que se va.*
Brito. Por qué no?
Prínc. Qué la dirás? *Brito.* Qué sé yo;
ya te lo diré despues.
Quisiera, señor, ponerme
en la Iglesia de San Juan,
porque esperezos me dan
de que el Rey ha de prenderme.
Prínc. Si eso temes, Brito, vete;
mas por qué te ha de prender?
Brito. Facil es de conocer:
porque he sido tu alcahuete.
Y en ocasion semejante,
llegara á sentir de veras
ir á bogar á Galaras,
como me dixo Violante.
Prínc. Brito, ve á la esposa mia,
y dila, que pierdo el seso
hasta que la vea. *Brito.* Y tras eso,
como el Rey preso te envia.
Prínc. Pues si preso me tenia,
para qué dos veces preso?
Que á explicar mi sentimiento
no basta; y si en eso te obligo,
dí todo lo que yo digo,
pues no cabe en lo que siento.
Brito. Diréle, que partes ciego
por su amor lo que la adoras,
lo que suspiras y lloras
quando te abrasa su fuego.
Prínc. A mucho te has obligado;
que el mal á que estoy rendido,
bien cabe en lo padecido,
mas no cabe en lo explicado.
Dila, que el Rey, inhumano::-
Oyes, Brito, y no la afljas,
y aquellas dos perlas, hijas
de aquel nácar Castellano::-
Brito. No te enternezcas, señor,
mira que llorando estás.
Prínc. Ay Brito! no puedo mas.
Brito. A dónde está tu valor?
préndate el Rey, que el proceso
podrás romper algun dia.
Prínc. Mas si preso me queria,
para qué dos veces preso? *Vanse.*
Salen Doña Inés y Violante.
Viol. Acabaste el papel? *Inés.* No.
Viol. Por qué? *Inés.* Porque he reparado
que no cabrá mi cuidado,
ni mis finezas en él.
Viol Leiste la glosa? *Inés.* Sí;
y es tal, que pude llegar
quando la miré, á pensar
que se escribió para mí.
Viol. Sábesla ya? *Inés.* Ya la sé.
Viol. Toda?
Ines. Nada hay que te espante:
mién-

miéntras estuve, Violante,
en mi quarto, la estudié.
Viol. Quieres decirla, señora?
Inés. Si, Violante, aquesta es;
atiende.
Viol. Ya escucho. *Inés.* Pues
no te diviertas ahora.
Mi vida, aunque sea pasion,
no queria yo perdella
por no perder la ocasion
que tengo de estar sin ella.
Dichoso y favorecido
me ví, Nise, en un instante,
y luego pasé de amante
á extremo de aborrecido:
mas aunque ayrado Cupido
la flecha trocó en harpon,
no pudo ser ocasion
para desear mi muerte;
que he de querer por quererte,
mi vida, aunque sea pasion.
El alma con que vivia
se fué á tí quando pensaba
que en mi pecho la hospedaba
como tuya, siendo mia;
y aunque la pérdida via,
sin formar de amor querella,
contento me ví sin ella;
mas á no ser en despojos,
Nise, de tus bellos ojos,
no queria yo perdella.
Gobierno del hombre ha sido
voluntad y entendimiento,
con que á la razon atento,
miéntras hombre fuí, he vivido;
pero despues que Cupido
puso en tí mi inclinacion,
puede tanto mi pasion,
que jamas, bella muger,
no te quisiera perder
por no perder la ocasion.
Cautivo y sin libertad
vivo despues que te ví,
y aunque viví en mí, sin mí,
rendido á tu voluntad,
esperé de tí piedad;
pero despues que á mi altura
tu imperio, Nise, atropella,
es tan contraria mi estrella,
que ella misma me asegura,
que tengo de estar sin ella.
Sale Brito. Esconde, Inés, si es posible,
que no será fácil, de esos
peligrosos dulces ojos
los hermosos rayos negros.
Esconde, por vida tuya,
la canícula, lo fresco,
lo florido, lo nevado,
lo apacible, lo severo,
lo buscado, lo temido,
lo jugueton, lo compuesto,
lo alegre, lo mesurado,
lo lindo, lo mas que bello
de esa cara, que un nublado
no le ha de faltar á un cielo
donde hay tantas pesadumbres.
Inés. Qué dices? *Brito.* Vete de presto,
que viene la Infanta acá.
Inés. La Infanta acá? *Brito.* Pretendiendo
hallar en esa ribera,
por no perder el trofeo,
una Garza que del ayre
hoy ha derribado, entiendo
que ha de llegar. *Inés.* Oye, Brito,
Garza? *Brito.* Si.
Inés. Y ella la ha muerto?
Brito. Si, ella ha sido, que á volar
con un esquadron soberbio
de páxaros salió armada.
Inés. Esquadron seria de zelos,
pues vino á matarme á mí.
Brito. En un alazan soberbio,
con la rienda en la una mano,
y en la otra mano uno de ellos,
la vieras como una Pálas,
ó la borracha de Vénus.
Inés. Válgame Dios! qué he de hacer?
quiero retirarme, quiero
que no me vea; mas no,
sin duda es mejor acuerdo
esperarla, y ver si pueden
cortesanos cumplimientos
obligarla. *Brito.* Dices bien.
Inés Dime ahora de mi dueño,
cómo le dexaste, Brito?
Tiene el Príncipe Don Pedro
sa-

salud? *Brito.* Aunque de su parte
solo á visitarte vengo
para que sepas, señora,
lo que pasa allá de nuevo,
no es posible; solo digo
por ahora, que te puedo
asegurar, que esta noche
vendrá á verte.
Inés. Cierto? *Brito.* Cierto.
Inés. Y dime, Brito, qué hay
de la Infanta? *Brito.* Que la veo
ya junto á tí. *Inés.* En hora mala
venga á estorbar mis intentos.
Salen la Infanta, Alvar Gonzalez, Egas Coello y Cazadores.
Inf. Mucho he sentido perderla.
Alv. Remontó, señora, el vuelo
tanto, que ha sido imposible
el hallarla. *Inf.* El ayre creo,
que en sí la habrá transformado
para volar mas ligero,
pues de ella envidioso pudo
tomar ligereza. *Inés.* El Cielo
dé á vuestra Alteza, señora,
la vida que yo deseo.
Inf. No me estubiera muy bien. *ap.*
Inés, levantad del suelo;
vos aquí? *Inés.* Si esta ventura
de hablaros, señora, y veros,
por estar aquí he ganado,
decir sin lisonja puedo,
que solo he sido dichosa
aqueste instante que os veo.
Inf. Cómo estais? *Inés.* Para serviros,
como mi señora y dueño.
Inf. Parece que está muy triste; *ap.*
si ha sabido que á Don Pedro
le prendió el Rey? es sin duda:
pues, Amor, exâminemos
si podeis vivir en mí,
que aunque muerto ya os contemplo,
para llegarlo á creer
falta el último remedio.
Triste estais? *Inés.* Señora, yo?
Inf. No os aflijais, que os prometo,
que me holgara de poder
daros, Doña Inés, consuelo.
El Príncipe en asistiros
nunca pudo ser eterno,
siempre ha menester casarse:
ya lo está conmigo. *Inés.* Cielos!
qué decis? *Inf.* Qué á Santarén,
como ya sabeis, fué preso,
y saldrá, para que así
en un dichoso himeneo
junte dos almas que vos
habeis dividido. *Inés.* Esto *ap.*
no se puede ya llevar,
que fuera de ser desprecio,
son zelos; nadie ha vivido
cuerda en llegando á tenerlos:
responderla quiero. *Inf.* Inés,
suspended un poco el vuelo
con que altiva habeis volado:
reducíos á vuestro centro,
y sírvaos de correccion,
de aviso y de claro exemplo,
que una Blanca Garza, hija
de la hermosura del viento,
voló esta tarde, y altiva,
quando ya llegaba al Cielo,
la despedazó en sus garras
un Gerifalte soberbio,
enfadado de mirar,
que á su coronado ceño
desvanecida intentase
competir; esto os advierto,
Inés, no mas que de paso;
ya me entendereis. *Inés.* No puedo *ap.*
callar ya. *Alv.* Mucho la Infanta
se ha declarado. *Egas.* Yo temo
alguna desdicha aquí.
Inés. Infanta, con el respeto
que á tanta soberanía
se debe, deciros quiero,
que no ajeis de mi nobleza
lo encubrado con exemplos.
Yo soy Doña Inés de Castro
Coello de Garza, y me veo,
si vos de Navarra Infanta,
Reyna de aqueste emisferio
de Portugal, y casada
con el Príncipe Don Pedro
estoy primero que vos;
mirad si mi casamiento
será, Infanta, preferido,

sien-

siendo conmigo hoy primero.
No penseis, señora, no,
que es profanar el respeto
que debo, hablaros así,
si no responder, que intento
desempeñar á mi esposo,
pues si él asiste en mi pecho,
con él hablais, no conmigo;
y puesto que soy él, debo,
si hablais como Doña Blanca,
responder como Don Pedro.

Inf. Inés, cómo os olvidais
que la que cayó del Cielo
era Garza? *Inés.* Y Blanca tambien,
segun vos dixisteis. *Inf.* Bueno;
vos me respondeis á mí
equívocos desacuerdos?

Inés. Mal he hecho: yo, señora::-

Alv. Qué así perdiese el respeto
á tanta soberanía!

Inés. Si dixe (válgame el Cielo!)
que era Blanca::- *Inf.* Bien está;
retiraos. *Inés.* Amor, qué es esto?

Egas. El Rey viene ya. *Inf.* Mi enojo
quiero reprimir. *Inés.* Yo entro
temerosa y afligida.
Vamos, Violante, que espero
hallar en Dionís y Alonso
á mi pena algun consuelo.

Vanse Inés y Violante, y sale el Rey y acompañamiento.

Rey. Lograr no pensé el hallaros.

Brit. Voy á decir á Don Pedro
todo quanto ha sucedido. *Vase.*

Rey. Hija, Infanta, qué es aquesto?
cómo ha pasado la tarde
vuestra Alteza en el empleo
de la caza? *Inf.* Gran señor,
en la falda de ese cerro,
que la guarnece de plata
un cristalino arroyuelo,
descubrímos una Garza;
y aunque al remontar el vuelo
perdió la vida, volvió
á vivir, señor, de nuevo;
que no tengo con las Garzas
ni jurisdiccion ni empleo,
despues que una Garza á mí
con viles zelos me ha muerto.

Rey. No os entiendo. *Inf.* Ay gran señor!
pues bien podeis entenderlo,
que no es el enigma dificil,
ni es el engaño encubierto.
Doña Inés ahora acaba
de decirme, que Don Pedro
el Príncipe es ya su esposo;
y aunque él lo dixo primero,
no lo creí, por juzgar
que pudiera ser incierto;
mas despues que Doña Inés,
sin decoro y sin respeto,
se atrevió á decirlo aquí,
ha sido fuerza creerlo.

Rey. Que la modestia de Inés,
virtud y recogimiento,
pudo atreverse á perder
la veneracion que os tengo!
Vive Dios, Alvar Gonzalez,
que el Príncipe, loco y ciego,
ha de ocasionarme á dar
con su muerte un escarmiento
tan grande, que á Portugal
sirva de futuro exemplo:
yo remediaré esta injuria.

Inf. Señor, el mejor remedio
es el no buscarle, pues
desde este instante os prometo
olvidar; que solo olvido
puede ser, si bien lo advierto,
medio para que se acabe
mi enojo, señor, y el vuestro.

Rey. Qué os parece, Alvar Gonzalez?

Alv. Señor, si ya todo el Reyno
espera con alegría
este feliz casamiento,
será grande inconveniente
(así, gran señor, lo entiendo)
que no llegue á executarse;
y así, fuera buen acuerdo
apartar á Doña Inés
de Portugal. *Rey.* Cómo puedo,
si está casada? *Alv.* Señor,
quando aquese impedimento,
que es el mayor, no se pueda
remediar::- *Rey.* Dadme consejo.

Alv. Me parece que la vida

de Inés::- *Rey.* Qué decis?
Alv. Entiendo::-
Rey. Declaraos; por qué temeis?
acabad. *Alv.* Tengo por cierto,
que peligrará. *Rey.* Por qué?
Alv Señor, porque en solo eso
consistia el que pudiese
gozar la Infanta á Don Pedro.
Inf. Eso no, que mis agravios,
aunque ofendida los siento,
no han de pasar á poder
conmigo mas, que yo puedo.
Viva mil siglos Inés,
que si hoy por ella padezco,
no es culpada en mis desdichas,
yo sí, pues yo las merezco.
Rey. Vamos á mirar mejor
lo que se ha de hacer en esto.
Alv. A la Ciudad? *Rey.* No, que estoy
cansado y algo indispuesto:
vamos á la Casería,
Alvar Gonzalez, de Coello.
Inf. Está cerca? *Alv.* Si señora.
Rey. Disponed, piadoso Cielo, *ap.*
modo para consolarme,
que si aquesto dura, temo,
que me han de acabar la vida
pesares y sentimientos.
Inf. Vamos, señor. *Rey.* Vamos, hija.
Inf Qué valor! *Rey.* Qué entendimiento!
Inf. Qué prudencia! *Rey.* Qué cordura!
Dadme la mano, que quiero
ser vuestro escudero yo.
Inf. Tanto favor agradezco.
Rey Quién viera de aquesta suerte,
Blanca hermosa, á vos y á Pedro! *Vanse.*
Salen Doña Inés y el Príncipe Don Pedro.
Inés. Digo, que no me aseguro.
Prínc. Posible es, que no conoces
que es imposible empañar,
Inés, tus hermosos soles?
Cese el disgusto, bien mio,
y acábense los rigores;
no me mates con desdenes,
basta matarme de amores.
Tú enojada? tú tan triste?
Cómo puede ser que borren
nublados de tu disgusto
tus hermosos explendores?
Habla, Inés, dime tu pena;
por qué, mi bien, no respondes?
Mas vale, si he de morir,
que me refieran tus voces
la causa por qué me matas:
no es bien, que sintiendo el golpe,
quando no ignoro el morir,
el por qué, mi bien, ignore.
Inés. Señor, esposo, mi vida,
dueño mio, Pedro::- *Prínc.* Ahorre
tu lengua, Inés, epitectos,
y dime ya, quién te pone
á tí en tales desconsuelos,
y á mí en tantas confusiones?
Inés. Tu padre::-
Prínc. Dilo. *Inés.* Pretende::-
Prínc Prosigue, mi bien. *Inés* Dispone::-
Prínc. Qué te turbas? *Inés.* Que te cases.
Prínc. Si aquesos son tus temores,
inadvertida has andado,
pues sabes que en todo el Orbe
no he de tener otro dueño.
Inés. Aunque miro tus acciones,
esposo y señor, dispuestas
á hacerme tantos favores,
es bien adviertas, que ya
la fortuna cruel dispone
que te pierda, dueño mio,
y que de tus brazos goce
la Infanta, que te previene
tu padre para consorte.
Y puesto que no es posible
que seas mio, ni que logre
mas finezas en tus brazos,
será fuerza que me otorgues,
Pedro, dueño de mi alma,
piadosas intercesiones,
para que el Rey de mi vida
la vital hebra no corte.
Con tus hijos viviré
en lo áspero de los montes,
compañera de las fieras,
y con gemidos feroces
pediré justicia al Cielo,
pues que no la hallé en los hombres,
de quien de tan dulce lazo
aparta dos corazones.

Mis hijos y yo, señor,
con tiernas exclamaciones,
huérfana y sin abrigo,
daremos exemplo al Orbe
de los peligros que pasa,
y á quantas penas se expone
quien, sin ver inconvenientes,
se casa loca de amores;
quien algun tiempo me quiso,
señor, es bien que me otorgue
esta merced: no padezca
quien fué vuestra los rigores
de una injusticia, mi bien,
que mármoles hay y bronces
que harán vuestra fama eterna.
Ahora es tiempo de que note
la mayor fineza en vos:
mostrad, mostrad los blasones
de vuestra heroyca piedad,
para que conozca el Orbe,
q̃ si matarme el Reyno ha pretendido,
me habeis, querido dueño, defendido
con valiente osadía y fe constante,
por muger, por esposa y por amante.

Prínc. No creyera, bella Inés,
que jamas desconfiaras
de la fe con que te adoro.
Alza del suelo, levanta,
enjuga los bellos ojos,
que las perlas que derramas
parecen mal en la tierra;
en tus nácares las guarda,
que no hay en el mundo quien
se atreva, esposa, á comprarlas.
Si mi padre la cerviz
me derribara á sus plantas;
si la Infanta, que aborrezco,
la vida, Inés, me quitara,
porque mi padre contento
quedase, y ella vengada,
no solo fuera su esposo,
pero yo de mi garganta
derribara la cabeza
primero que me obligara
á decir sí; que te adoro
de tal suerte, prenda amada,
que sin tí no quiero vida.

Inés. Cumplireisme esa palabra?

Prínc. Digo mil veces, que sí.

Inés. Pues ya mi temor se acaba.
Y cómo habeis quebrantado
la prision? *Prínc.* Esta mañana
á Egas Coello le pedí
me dexase que llegara
á verte, y aunque es traidor,
temiendo que me enojara,
no me impidió. *Inés.* Pues, señor,
volved ántes que las Guardas
os echen ménos, que es tarde,
y volvedme á ver mañana.

Prínc. A Dios, Inés. *Inés.* A Dios, Pedro,
no me olvides. *Prínc.* Excusada
está, esposa, esa advertencia.

Inés. Si vuestro padre os lo manda?

Prínc. No puede tener mi padre
jurisdiccion en mi alma.

Inés. Y si la Infanta porfía?

Prínc. Aunque porfíe la Infanta.

Inés. Y si el Reyno se conjura?

Prínc. Aunque en crueles iras arda.

Inés. Tanta firmeza? *Prínc.* Soy monte.

Inés. Tanto amor? *Prínc.* Solo le iguala
el tuyo. *Inés.* Tanto valor?

Prínc. Nadie en valor me aventaja.

Inés. Tan grande fe? *Prínc.* Sí, que ciego
á tus luces soberanas,
no es menester que te vea
para que te adore. *Inés.* Basta:
ea, á Dios, mi bien. *Prínc.* A Dios:
quién contigo se quedara!

Inés. Quién se partiera contigo!
muerta quedo! *Prínc.* Voy sin alma!

Inés. A Dios, adorado esposo.

Prínc. A Dios, esposa adorada.

JORNADA TERCERA.

Dentro voces, y ruido de caza.

Unos. Tó, tó, por acá, acudid
aprisa al sabueso, aprisa.

Otros. Al valle, al valle, á la fuente,
no se escape; arriba, arriba,
no se nos vaya.

Salen el Príncipe y Brito.

Brito. Estos son

Cazadores de Coimbra.

Dent. unos. Subid al monte, subid.

Otros. Huyendo va la corcilla,
hácia la fuente acudid.

Prínc. Ay Doña Inés de mi vida!
Parecióme, que acesada,
mal hallada y perseguida,
hácia la fuente llegaba.

Brito. Quién, señor?

Prínc. Mi Inés divina.

Brito. Otro agüerito tenemos?

Prínc. Sin duda fué fantasía,
porque á ser verdad, es cierto,
que mi esposa no se iria,
Brito, á arrojarse á la fuente,
si no á las lágrimas mias.

Brito. De Santarén has venido,
y ya estamos de la Quinta
una legua poco mas:
presto la verás muy fina
en tus brazos. *Prínc* Ay Cielos!

Brito. Y ahora por qué suspiras?

Prínc. Porque no llego á sus brazos.

Brito. Todo eso es hazañería.

Prínc. Dí, Brito, que este es deseo
de gozar la peregrina
deidad de Inés, que es tan grande,
que solo pudo ella misma
igualarse. *Brito.* Así es verdad.

Prínc. Todas las flores de envidia
suelen quedar::- *Brito.* De qué suerte?

Prínc. O agostadas ó marchitas.
La rosa, Reyna de todas,
mirando á mi Inés un dia,
quedó corrida de verla,
pálida y envejecida.
El clavél, Brito, agostado,
quando miró en sus mexillas
mas viva púrpura envuelta
en sangre de Vénus fina.
Díxome un bello jazmin:
jamas, Príncipe, permitas
que tu Inés vea las flores,
porque en viéndolas, corridas
no se atreven á crecer;
y tras sí propias perdidas,
siendo maravillas todas,
dexan de ser maravillas.

Brito. Quándo te ha hablado el jazmin,
que te ha dicho esas mentiras?
ten seso, y vamos al caso.

Prínc. Advierte pues: Yo queria,
porque ninguno me viese,
no llegar hasta la Quinta,
y para el caso esta carta
de Santarén traigo escrita,
para que de aquí la lleves;
y otra tambien prevenida
traigo para el Condestable:
llévalas pues. *Brito.* Y me envias
con estas cartas á mí?

Prínc. Pues á quién jamas se fia
mi pecho, sino es á tí?
parte, acaba. *Brito.* Y si por dicha
me encontrase Alvar Gonzalez
y Egas Coello, que privan
con el Rey tu padre ahora,
y hecha general visita
de todas las faldriqueras,
viesen las cartas, y vistas
me mandasen ahorcar;
pregunto, señor, seria
buen viage el que habia hecho?

Prínc. No temas, porque te anima
mi valor. *Brito.* Qué linda flema!
Si estoy ahorcado por dicha
una vez, de qué provecho
lo que me ofreceis seria
para mí? podrá valerme
tu valor en la otra vida?

Prínc. Brito, llevarlas es fuerza.

Brito. Pues por qué causa á la vista
de la Quinta te detienes?

Prínc. Porque mi padre en la Quinta
me dicen que está de Coello,
que á cazar vino estos dias,
y no quiero que me vea.

Brito. Y si prosiguen la enigma
de la Garza estos dos Sacres,
que la prision solicitan
de Inés; pregunto, señor,
qué hará el Príncipe? *Prínc.* Por dicha
aquesos Sacres villanos
se atreverán á mi vida?
porque guardada mi Garza,
y alentada de sí misma,

aun-

aunque con tornos la cerquen,
aunque airados la persigan,
remontará tanto el vuelo
que la perderán de vista.
Y los Sacres altaneros,
quando vean que exânina
por las campañas del ayre
toda la region vacia,
cansados de remontarse,
en mirándola vecina
del Cielo, que es centro suyo,
y en él á Inés esculpida,
si la buscan Garza errante,
la hallarán Estrella fixa.
Brito. Lindamente la has volado:
dí ya lo que determinas.
Prínc. Que partas, Brito, al Mondego,
que yo te espero en la Quinta
que está de allá media legua,
y una legua de Coimbra.
Brito. Allí estarás escondido
miéntras yo aviso á la Ninfa
mas hermosa de la tierra.
Prínc. Sí, Brito, allí determina
mi amor quedarte esperando:
allí la esperanza mia,
hasta que te vuelva á ver,
de un cabello estará asida:
allí mi amor mal hallado
aguardará á que le digas,
si puede llegar á ver
el objeto que le anima:
allí, Brito, viviré;
si es que puede ser que viva
quien tiene, como yo tengo,
en otra parte la vida.
Brito. Allí puedes esperar
á que luego allí te diga
lo que allí ha pasado allí;
que has dicho una retaíla
de allíes, para cansar
con allíes á una tia;
cuerpo de Dios con tu allí.
Prínc. Dila muchas cosas, dila,
que las niñas de mis ojos,
en su memoria perdidas,
sí bien como niñas lloran,
sienten tambien como niñas.
Brito. Viva el Príncipe Don Pedro.
Prínc. Dí que Inés, mi dueño, viva.
Brito Qué amor tan de Portugal!
Prínc. Qué beldad tan de Castilla! *Vanse.*

Salen á un Balcon Doña Inés y Violante con almohadillas.

Inés Qué hora es? *Viol.* Las tres han dado.
Inés Trae, Violante, la almohadilla.
Viol. Aquí está ya. *Inés.* Pues sentadas
esto que falta del dia
estemos en el balcon.
Ay de mí! *Viol.* Por qué suspiras?
Inés. Porque desde ayer estoy
sin el alma que me anima.
Viol. Cantaré? *Inés.* Canta, Violante;
divierte las penas mias.
Cant. Viol. Es verdad que yo la ví
en el campo entre las flores,
quando Celia dixo así:
Ay! que me muero de amores,
tengan lástima de mí.
Inés. Aguarda, espera, Violante,
dexa ahora de cantar,
que temo alguna desdicha,
que no podré remediar.
Viol. Qué tienes, señora mia?
hay algun nuevo pesar?
Inés. Por los campos de Mondego
Caballeros ví asomar,
y segun he reparado
se van acercando acá:
armada gente los sigue.
Válgame Dios! qué será?
á quién irán á prender?
que aunque puedo imaginar
que el rigor es contra mí,
me háce llegarlo á dudar,
que son para una muger
muchas armas las que traen.
Viol. Jesus, señora, eso dices?
Inés. Violante, no puede mas
mi temor; pero volvamos
á la labor, que será
inadvertida prudencia
pronosticarme yo el mal.

Salen el Rey, Alvar Gonzalez, Egas Coello y acompañamiento.

Rey. Mucho lo he sentido, Coello.

Alv.

Alv. Señor, vuestra Magestad,
por sosegar todo el Reyno,
no lo ha podido excusar.
Egas. Señor, aunque del rigor
que quereis executar,
parezca que en nuestro afecto
haya alguna voluntad,
sabe Dios, que con el alma
la quisieramos librar;
pero todo el Reyno pide
su vida, y es fuerza dar,
por quitar inconvenientes,
á Doña Inés::- *Rey.* Ea, callad.
Válgame Dios Trino y Uno!
qué así se ha de sosegar
el Reyno! A fe de quien soy,
que quisiera mas dexar
la dilatada Corona
que tengo de Portugal,
que no executar severo
en Inés tan gran crueldad.
Llamad, pues, á Doña Inés.
Egas. Puesta en el balcon está
haciendo labor. *Rey.* Coello,
visteis tan grande beldad!
Que he de tratar con rigor
á quien toda la piedad
quisiera mostrar! *Alv.* Señor,
si severo no os mostrais
peligra vuestra Corona.
Rey. Alvar Gonzalez, callad,
dexadme que me enternezca,
si luego me he de mostrar
riguroso y justiciero
con su inocente beldad.
Ay Inés! cómo ignorante
de esta batalla campal,
es poco acero la aguja
para defenderte ya!
Llamadla pues. *Alv.* Doña Inés,
mirad, que su Magestad
manda que al punto baxeis.
Rey. Hay mas extraña maldad!
Inés. Ponerme á los pies del Rey
será subir, no baxar.
Quitanse del balcon.
Alv. Ya viene. *Rey.* No sé por donde
la pudiera (ay Dios!) librar
de este rigor, de esta pena;
mas por Dios, que he de intentar
todos los medios posibles.
Egas Coello, mirad
que yo no soy parte en esto,
y si es que se puede hallar
modo para que no muera,
se busque. *Egas.* Llego á ignorar
el modo. *Alv.* Yo no le hallo.
Rey. Pues si no le hallais, callad,
y á nada me repliqueis.
Salen Doña Inés, los niños y Violante.
Inés. Vuestra Magestad Real
me dé sus plantas, señor:
Dionís, Alonso, llegad
y besad la mano al Rey.
Rey. Qué peregrina beldad!
Válgate Dios por muger! *ap.*
quién te traxo á Portugal?
Inés. No me respondeis, señor?
Rey. Doña Inés, no es tiempo ya
sino de mostrarme ayrado,
porque vos la causa dais
para alborotarse el Reyno,
con intentaros casar
con el Príncipe; mas esto
es fácil de remediar,
con probar que el matrimonio
no se pudo hacer. *Inés.* Mirad::-
Rey. Inés, no os turbeis, que es cierto
vos no os pudisteis casar,
siendo mi deuda, con Pedro
sin dispensacion. *Inés.* Verdad
es, señor, lo que decis;
mas ántes de efectuar
el matrimonio se traxo
la dispensacion. *Rey.* Callad,
noramala para vos, *ap.*
Doña Inés, que os despeñais.
Pues si es como vos decis,
será fuerza que murais.
Inés. De manera, gran señor,
que quando vos confesais
que soy deuda vuestra, y yo
atenta á mi calidad,
ostentando pundonores,
negada á la liviandad,
para casar con Don Pedro

la dispensacion traida ya,
mandais que muera (ay de mí!)
á manos de esta crueldad?
luego el haber sido buena
quereis, señor, castigar?
Rey. Tambien el hombre en naciendo
parece, si le mirais,
de pies y manos atado,
reo de desdichas ya,
y no cometió mas culpa
que nacer para llorar.
Vos nacisteis muy hermosa,
esa culpa teneis mas:
no sé, vive Dios, qué hacerme. *ap.*
Egas. Señor, vuestra Magestad
no se enternezca. *Alv.* Señor,
no mostreis ahora piedad,
mirad que aventurais mucho.
Rey. Callad, amigos, callad,
pues no puedo remediarla,
dexádmela consolar.
Doña Inés, hija, Inés mia.
Inés. Estoy perdonada ya?
Rey. No, si no que quiero yo
que sintamos este mal
ambos á dos, pues no puedo
librarte. *Inés.* Hay desdicha igual!
por qué, señor, tal rigor?
Rey. Porque todo el Reyno está
conjurado contra vos.
Inés. Dionís, Alonso, llegad,
suplicad á vuestro abuelo,
que me quiera perdonar.
Rey. No hay remedio. *Alons.* Abuelo mio.
Dionís. No vé á mi madre llorar?
pues por qué no la perdona?
Rey. Apénas puedo ya hablar. *ap.*
Inés, que mueras es fuerza,
y aunque la muerte sintais,
sabe Dios, aunque yo viva,
quien ha de sentirla mas.
Inés. No siento, señor, no siento
esta desdicha presente,
si no porque Pedro ausente
tendrá mayor sentimiento;
ántes viene á ser contento
en mí esta muerte homicida,
que perder por él la vida
no ha sido nada, señor,
porque ha mucho que mi amor
se la tenia ofrecida.
Y quando tu Magestad
quiera quitarme la vida,
la daré por bien perdida,
que en mí viene á ser piedad
lo que parece crueldad:
sí bien en viendo mi muerte,
y mi desdichada suerte,
morirá tambien mi esposo,
pues este rigor forzoso
no será en él ménos fuerte.
De parte os poneis, señor,
de Blanca, que al bien excede,
y ayudar á quien mas puede,
es flaqueza, no es valor.
Si el Cielo dió á Pedro amor,
y á mí, porque mas dichosa
mereciese ser su esposa,
belleza de él tan amada,
no me hagais vos desdichada
porque me hizo Dios hermosa.
Sed piadoso, sed humano:
quál hombre, por lo cortes,
vió una muger á sus pies,
que no la diese una mano?
Atributo es soberano
de los Reyes la clemencia:
tenga pues en mi sentencia
piedad vuestra Magestad,
mirando mi poca edad,
y mirando mi inocencia.
No os digo tales afectos,
aunque es mi dolor tan fixo,
por muger de vuestro hijo,
por madre de vuestros nietos;
si no porque hay dos sugetos,
que muerto el uno, ambos mueren;
pues si dos liras pusieren
sin disonancia ninguna,
herida sola la una,
suena esotra que no hieren.
Nunca, dí, llegaste á ver
una nube, que hasta el Cielo
sube, amenazando el suelo,
y entre el dudar y el temer,
irse á otra parte á verter,

ces-

lo que cantó llorando el Jardinero.
Con el Rey mi señor, que muerto yace,
por cuya muerte todo el Reyno hace
tan justo sentimiento,
á divertir un rato el pensamiento
salí á caza una tarde,
haciendo á mi valor vistoso alarde.
Llegué á esa Quinta, donde yace muerto;
este dolor advierto,
(ó Cielo! ó pena ayrada!)
hallé una flor hermosa, pero ajada,
quitando (ó dura pena!)
la fragrancia á una cándida azucena,
dexando el golpe ayrado
un hermoso clavel desfigurado,
trocando con ayrado desconsuelo
una nube de fuego en duro yelo;
y en fin (muestre valor hoy tu grandeza)
á quitar hoy al mundo la belleza,
provocándole á ello
Alvar Gonzalez y el traidor Coello.
Con dos golpes ayrados,
arroyos de coral vi desatados
de una garganta tan hermosa y bella,
que aun mi lengua no puede encarecella,
pues su tersa blancura
dechado fué de toda la hermosura.
Parece que no entiendes
por las señas quien es, ó que pretendes
quedar de sentimiento
por vasa de su infausto monumento;
mas para que no ignores
quien padeció estos bárbaros rigores,
yo te diré quien, estame atento,
que en su sangre sembrada por el suelo,
sabrás que es mármol ya, ya es frio yelo.
Murió tu bella Inés.

Prínc. Válgame el Cielo! *Desmáyase.*

Inf. Del pesar que ha tomado
el nuevo Rey (ay Dios!) se ha desmayado.
Caballeros, Fidalgos, ola, gente.

Sale el Condestable y Criados.

Cond. Qué manda vuestra Alteza?

Inf. Un accidente
al Rey le ha dado, remediadle al punto,
pues temo es ya difunto:
que yo, compadecida
de que la hermosa Inés perdió la vida,
y de aqueste espectáculo sangriento,
en las alas del viento,
lastimada y amante,
á Navarra me parto en este instante.

Vase la Infanta.

Cond. El Rey está desmayado.
Rey de Portugal, señor,
cese, cese ya el dolor,
que el sentido os ha quitado:
si vuestra esposa ha faltado,
no falteis vos; y severo,
riguroso, ayrado y fiero
contra quien os ofendió,
quien amante os advirtió,
os admire justiciero.

Vuelve en sí el Príncipe.

Prínc. Si Inés hermosa murió,
no fué por quererme? Si:
muriera mi Inés aquí,
si no me quisiera? No:
luego la causa soy yo
de la pena que le han dado:
cómo, Pedro desdichado,
si Inés murió, vivo quedas?
cómo es posible que puedas
no morir de tu cuidado?
En fin, Inés, por mí ha sido,
por mí, que ciego te adoro,
(de cólera y pena lloro)
la muerte que has padecido,
sin haberla merecido:
quál fué la mano cruel,
que de mi inocente Abel,
(á pesar de mi sosiego)
bárbaro, atrevido y ciego
cortó el hermoso clavel?
Qué me detengo? yo voy,
voy á ver mi muerto bien:
quién, Cielos Divinos, quién
me ha olvidado de quien soy?
cómo reportado estoy?
Aguarda, Inés celestial,
que tambien estoy mortal,
no te partas sin tu esposo,
que me dexarás quejoso
sino partimos el mal.

Cond. Dónde vas, señor? *Prínc.* A ver
á mi Doña Inés hermosa,

á

á mi difunta, á mi esposa,
á la que Reyna ha de ser.
Cond. Mirad, que podeis perder
la vida, señor. *Prínc.* Callad,
dexad que la vea, dexad
que en sus brazos llegue á verme,
que no hago nada en perderme,
perdida ya su deidad.

Sale Nuño de Almeyda.

Nuño. Ya á Alvar Gonzalez y Coello
presos traxeron, señor.
Prínc. Mostrar quiero mi rigor
en los dos (ay Angel bello!)
quisiera poder hacello
en estos dos inhumanos,
matándolos con mis manos;
sin que mi piedad inciten,
por las espaldas les quiten
los corazones villanos.
Y para mayor tormento
procuren, si puede ser,
que los dos los puedan ver
ántes que les falte aliento:
y luego, para escarmiento,
con dos crueles harpones,
entre horror y confusiones,
queden mil pedazos hechos:
ah si pudiera en dos pechos
caber muchos corazones!
Veamos ahora á Inés.
Cond. Gran señor, no la veais,
mirad que así aventurais
la vida, vedla despues.
Prínc. Por qué lástima teneis
de mi vida, si estoy muerto?
Verla quiero, pues advierto,
que no puede ser mayor
mi tormento y mi dolor.
Cond. Ya, gran señor, está abierto.

Descubren á Doña Inés muerta sobre unas almohadas.

Prínc. Posible es, que hubo homicida,
fiero, cruel y tirano,
que con sacrílega mano
osó quitarte la vida!
Cómo es posible (ay de mí!)
cómo? cómo puede ser,
que quien á mí me dió el ser,
te diese la muerte á tí?
Por su cuello (pena fiera!)
corre la púrpura elada,
en claveles desatada.
Ay Doña Inés! quién pudiera
detener ese raudal,
dar vida á ese hermoso sol,
dar aliento á ese arrebol,
y soldar ese cristal!
Ay mano! ya sin rezelo
ser alabastro pudieras,
que hasta ahora no lo eras,
porque te faltaba el yelo.
Ya faltó tu hermoso Abril:
sí bien piensa mi cuidado,
Inés, que te has transformado
en estátua de marfil.
Si la vida te faltó,
tampoco, Inés, tengo vida,
pues mi hermosa luz perdida,
no estoy ménos muerto yo.
Nuño de Almeyda, á Violante
de mi parte la decid,
que os entregue una Corona
que yo á mi esposa la dí
quando me casé, en señal
de que reynaría feliz
si viviera. *Nuño.* Voy por ella. *Vase.*
Prínc. Vos, Condestable, advertid,
que os encargueis del entierro,
llevándola desde aquí
á Alcobaza con gran pompa,
honrándome en ella á mí;
y porque yo gusto de ello,
el camino hareis cubrir
de antorchas blancas, que envidie
el estrellado zafir,
todas diez y siete leguas:
que tambien lo hiciera así,
si como son diez y siete
fueran diez y siete mil.

Vase el Condestable, y salen Nuño y Criados con una Corona, y coronan á Doña Inés, y bésanle la mano.

Nuño. Esta es la Corona de oro.
Prínc. De otra manera entendí,
que fuera Inés coronada;
mas pues no lo conseguí,

en la muerte se corone.
Todos los que estais aquí
besad la difunta mano
de mi muerto serafin;
yo mismo seré el Rey de Armas:
silencio, silencio, oid:
Esta es la Inés laureada,
esta es la Reyna infeliz,
que mereció en Portugal
Reynar despues de morir.

Sale el Condestable.

Cond. Murieron los dos, á quien
espalda y pecho hice abrir.

Prínc. Retirad el cuerpo hermoso,
miéntras que voy á sentir
mi desdicha: Ay bella Inés!
ya no hay gusto para mí,
que faltándome tu sol,
cómo es posible vivir?
Vamos á morir, sentidos:
amor, vamos á morir.

Vase el Príncipe.

Cond. Esta es la Inés laureada,
con que el Poeta da fin
á su tragedia, en quien pudo
Reynar despues de morir.

FIN.

CON LICENCIA: EN VALENCIA, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio del Señor Patriarca, en donde se hallará esta y otras de diferentes Títulos.
Año 1765.